

## **DISCURSO**

Pronunciado por su autor el  
Dr. ENRIQUE PEREZ ARBELAEZ  
en el Paraninfo de la Universidad del Cauca,  
en la tarde del 29 de octubre de 1966  
*Artículo del Boletín de la*  
*Sociedad Geográfica de Colombia*  
*Número 99, Volumen XXVI*  
*1968*

**L**a fecha de hoy nos evoca la figura y nos convoca ante el cadalso del más ilustre colombiano de la generación ígnea del sabio que señaló caminos a nuestra inteligencia, los cuales, después de siglo y medio no hemos agotado; del escritor científico que más ha hecho respetar nuestro patronímico más allá de las fronteras; del compatriota que abrigó, con su nombre, más realidades culturales en nuestra nación; del soldado que aprestó los cuarteles donde nació la libertad; del primero entre los publicistas de nuestra naturaleza; presea payanesa imperecedera; dechado de juventudes universitarias; del mártir Francisco José de Caldas.

Hoy hace ciento cincuenta años; doblando las campanas de la Veracruz en Santafé, la Fatídica descarga dio muerte al inmortal; acalló la voz que tañerá mientras Colombia sea; libertó de la arcilla terrenal al espíritu empeñado en rendir al servicio perenne de los hombres, la materia cósmica.

Este distinguido auditorio, que colma el Paraninfo de la Universidad del Cauca, atestigua, significa y representa cuanto en los años e lapsos fue gloria de Caldas; Partícipes de su sangre esclarecida; Gobernantes y Legisladores de la República; miembros de las Academias; maestros del Arte; Profesores de cátedras ilustres, gallardos militares; ungidos del Clero y de las Comunidades religiosas; maestros de la niñez. Veo también atenta a mis palabras la juventud de esta Universidad preclara y no echo de menos a los obreros que trabajan por sus manos, caros a nuestro corazón.

El llamado de Caldas, venido de siglo y medio atrás y repetido por boca de este Claustro, Rector Magnífico y Honorable Consejo, congrega aquí a toda Colombia, necesitada, más que nunca, de fortalecerse y confiar por el recuerdo augusto de los grandes hombres de nuestro pasado. Porque hoy más que antes es grande el compromiso nacional; porque hoy o nunca debemos dar el asalto al desarrollo que nos sitúe al nivel de los pueblos más afortunados; porque hoy la humanidad ve más claros los escollos que deberán sortear en su derrotero indeclinable; porque ya nos da en la cara el viento frío de los que se cansaron del bien tradicional y buscan, en peligrosa aventura, otra bondad, otra virtud, otra estética, otra armonía, entre los rezagas que el pasado acumuló a la vera del camino.

La vida de Caldas, sabio y mártir por antonomasia, puede ser el bálsamo que morigere nuestra angustia; que aliente nuestra audacia; que nos ayude a extraer de la privilegiada naturaleza colombiana, índole y numen suyo, los secretos zumos que mejoren nuestra vida material y den perennidad a nuestras convicciones morales.

No es de esta oportunidad detallar la biografía de Caldas; sus trayectorias en el tiempo y en el espacio, demasiado cortas para su talento y para sus ambiciones. Fuerzas incontrastables cerraron sus caminos; los de nuevas tierras, el Barón Alejandro de Humboldt; los de nuevos días para la penetración científica, esos monstruos de indiferencia ante los valores humanos y ante las esperanzas americanas, que fueron el Pacificador Pablo Morilla y su Jefe de Estado Mayor, Pascual Enrile. Por ellos el compás de las peregrinaciones de Caldas no se abrió más al sur que Loja y Cupenca, centros quínicos de la Presidencia de Quito; ni más al norte que Cali y Santafé de Bogotá. Por ellos la actividad científica de Caldas; estudio, investigación, bibliografía, cátedra y divulgación, no pudo durar más que catorce años, desde el 1802 al 16, en un mediodía que Colombia llora y anatematiza.

Lo admirable de Caldas fue que, sobre tan estrecha base lograra construir edificio tan alto y tan duradero; que su saber naciera tan caudaloso que hubiera dejado a las juventudes colombianas de todos los tiempos una lección tan eficaz sobre por qué y cómo y para qué se forma el científico. El payanés que hoy glorificamos, describió su vertical acceso a la sabiduría desde aquel primero de Enero de 1802, a los 34 años de edad, cuando en Ibarra se adelantó -paradojas de la vida- a sus acompañantes, para recibir en brazos al sabio prusiano, viajero de las regiones equinociales del Nuevo Continente. Sin embargo aquel cerebro, ya varonil, llevaba en sí un catalizador de ciencia; gene aberrante y fortuito; esto que zumba sin saberse de dónde viene ni donde parará.

Dos momentos definitivos y rutilantes hay en la vida de Caldas que ni la didáctica puede producir, ni la dialéctica logra reiterar: el hecho de haber nacido al pie de estas colinas que circundan el valle de Pubén; bajo la tutela de sus robledales heráldicos y el otro, haber muerto sacrificado por su patria. Estas dos ráfagas: la telúrica y social del medio en que discurrieron su niñez y su juventud y que sembraron en su espíritu el germen divino de la superación heroica y el martirio final; su protesta y el gemido post-mortal elevaron a Caldas al Olimpo de los privilegiados. Entre esos dos extremos todo fue lucha; cada día una palestra. Sólo tuvo dos Mecenas: uno José Celestino Mutis quien, anhelante le abrió horizontes, sediento de saber le dio enseñanzas; herido por la incompreensión le infundió consuelos. Ciertamente, si en aquel luctuoso 1816, en que subieron al cadalso Caldas, Jorge Tadeo Lozano, Salvador Rizo y José María Carbonel, miembros distinguidos de la Expedición Botánica, prolongada por ocho años su meritoria ancianidad, viviera José Celestino Mutis, se hubiera interpuesto entre sus amigos y sus verdugos, aún con riesgo de su propia vida. El segundo bienhechor fue José Ignacio de Pombo.

En el marco de la cultura occidental naciente se enfrenta Platón al problema del origen de las ideas: espirituales, eternas, substanciales: y no descubre para ellas otra procedencia que las lejanas constelaciones rutilantes, desde donde llevarían como en una caverna, dentro de cada mente humana que viniera a la vida. Así la plenitud y brillantez de los conceptos se habría de buscar en la edad temprana cuando las ideas despiertan al encuentro de la mañana que dora los prados, de la flor y del torrente que invita lejanías. Estas lucubraciones platónicas, que en nuestros tiempos vagan por los campos de la poesía, explicarían la tremenda atracción que ejerció sobre la vida de Caldas la naturaleza del Nuevo Reino de Granada; las selvas que ascienden al Puracé, las laderas rientes de Timaná y La Plata; la vegetación subxerofítica de los llanos de Neiva a cuya vista se deslizaba su balsa, mientras él dibujaba el curso del río Magdalena, eje necesario de la cartografía colombiana. Después, los nevados de la Presidencia de Quito, los cuales, más asentados en la tierra parecen lámparas de cristal suspendidas del dombo celeste; el vertiginoso Imbabura, en cuyo cráter a poco le sepulta su audacia y, de final, las húmedas selvas del NE ecuatoriano, a través de las cuales y entre peligros titánicos, él trazó el camino de Malbucho que, trezándose con el río Mira, había de comunicar a Ibarra y a todo el sur del Virreinato con el Océano de Balboa. El objeto de la Naturaleza, señalado por su Hacedor, es excitar a su función las facultades mentales del hombre ...

La obra publicitaria de Caldas está compenetrada de naturaleza americana tropical, del calor de sus llanuras y del frío de las cimas andinas. Pero no es sólo un himno estéril; sino una lógica que instaure la nobleza del trabajo; la grandeza de la patria futura; la creación, fecunda de una ciencia

y de una conciencia nacionales. Por su parte Caldas se agita, se entrega al estudio, prolonga sus vigiliias, explora afebrado los montes quíneros para que los botánicos enviados al Perú, válidos de una delimitación que lesiona los intereses del Ecuador, no usurpen prioridades ni a Mutis, ni al Nuevo Reino; se expone a la muerte; huyendo de ella se esconde como un niño, en el regazo de esta naturaleza que le vio crecer; protesta y desoído, muere.

Oigo voces distantes diciendo que la ciencia así entendida es una madrastra y yo les replico que hay valores más altos que la vida; que el crisol depura el oro y que escojan, si quieren, entre Caldas y los que por pereza nunca recibieron luz en su caverna.

Sería injusto y exagerado si, al exaltar la ciencia de Caldas, la parangonáramos con la de nuestro tiempo o le asignáramos un nivel de prestancia en nuestra era. Caldas, Mutis, Humboldt mismo, poseyeron ciertamente un conocimiento del Cosmos que abarcaba todos sus aspectos; desde la geogénesis a la astronomía incluyendo en sus dilucidaciones la geología, la botánica, la zoología, las ciencias del hombre, las matemáticas y la geografía. Pero si esa galaxia del saber era más comprensiva y totalizadora, al Nuevo Reino sólo llegaba en forma de tenue luz zodiacal y comparada con la presente de las especializaciones, del átomo, del microscopio electrónico, de los viajes espaciales, de los grandes telescopios, del reconocimiento aerofotogramétrico del planeta, de la geofísica, de la climatología, era apenas una insinuación tímida y balbuciente. A la ciencia nadie le podrá poner punto final, como tampoco señalar "a donde llegarán la observación y el análisis de los fenómenos cuando penetran al interior de la Naturaleza". Esta última expresión que es de Kant se complementa con otra decepcionada de Alejandro de Humboldt. "Las obras de ciencias naturales llevan en sí mismas un germen de destrucción y de inactualidad".

Hay sin embargo en la obra de Caldas valores intrínsecos que escapan al envejecimiento. Su admiración y docilidad a otros hombres de ciencia que pudieran aconsejarle y que aun errando enderezaban sus pasos; su observación insaciable; su sed de altura en las causas y lógicas de los fenómenos; su afán de difundir la cultura patentizado en el Semanario; su elación de patria; su versación humanística.

Y cabe preguntar para final: qué dimensiones alcanzaría Caldas si hubiera podido llegar, con sus inquietudes, a la Universidad de París, o a la de Berlín o a la de Upsala; si ante la Europa, ávida de novedades, hubiera presentado por sí mismo el descubrimiento, que era suyo y de Mutis, de la tercera dimensión fitogeográfica con que se quedó Humboldt mejor situado en escenarios de la ciencia mundial y de la publicidad.

Sería cobardía de mi parte si no tratara de contestar un interrogante tan preñado de consecuencias, en el Sesquicentenario del sacrificio de Caldas y en este Paraninfo, porque es día de patria; de la patria en cuya gleba se dispersaron las cenizas del gran payanés inolado; día también de ciencia; de la ciencia a que dedicó hasta el último hálito de su vida. Y ahora es él quien nos demanda y escudriña. Que qué hubiera sido Caldas, si la vida y los hombres, en vez de cerrarle el paso, le secundan, lo exaltan, le dan alas? desde mi rincón de 70 años de experiencia, respondo:

Lo que serían centenares de jóvenes colombianos, alumnos y catedráticos, hombres y mujeres superdotados, que en los caminos de la vida y en los mismos claustros universitarios se frustran por ignorancia de los dirigentes, por mezquindad de los pudientes, por la falta de fé en Colombia, de los extranjerizantes.

En este país, diariamente se está fusilando a Caldas por la espalda y plegue al cielo que la frustración, sangre de muchos Caldas, no salpicara manos académicas. Colombia y los colombianos del futuro bien merecen que el sacrificio del patricio germine en prestigio internacional de su pensamiento y a los vivos nos infunda el propósito firme de servirlo.

